

UN CAFÉ CALIENTE

Amanece mientras estoy sentado en la mesa de la cocina y miro por la ventana con un café caliente entre las manos, el cielo va tornándose naranja y púrpura contra las montañas del fondo mientras unas nubes juguetean con los picos trepando por sus laderas, tapando y destapando sus cumbres apenas nevadas en este final del otoño.

Me gusta esta hora, no me importa madrugar, últimamente duermo poco y mal y me despierto muy temprano. En vez de quedarme en la cama dando vueltas intentando atrapar el huidizo sueño que se escapa una madrugada más, he optado desde hace meses por levantarme, hacer un café y levantar la persiana de la cocina a contemplar el amanecer, pienso en mis cosas relajadamente mientras la luz va venciendo a la oscuridad, una batalla que siempre gana para luego perderla sin remedio al atardecer estableciendo así un equilibrio eterno.

Hoy el día ha empezado ventoso, mucho. Esta noche, en uno de mis múltiples despertares oía el viento golpear la persiana y silbar en la contraventana, esa que siempre encaja mal y que algún día habría que arreglar. Al mirar hacia fuera lo primero que he visto han sido las ramas del abeto del jardín de los vecinos moverse furiosas al son del vendaval, como el batir de las alas de un gran pájaro que comienza su vuelo, casi he sido capaz de ver despegar el gran árbol del jardín y volar a tierras lejanas como hacen las cigüeñas y las garzas cada temporada.

Algún otro día al levantarme, llueve. A veces, el viento arroja las gotas de lluvia violentamente contra el cristal de la ventana y las veo arrastrarse y echar carreras descendiendo por el cristal. Las nubes cubren las montañas y tan solo veo un muro gris delante de mí, como un lienzo en blanco donde plasmar mis pinturas mentales.

Sea como sea, el día avanza y salgo de casa, hago mis recados, reales o inventados, voy a la compra, charlo con los vecinos y recuerdo. Siempre recuerdo. Ahora ella haría esto o caminaría a mi lado o pondría ese disco que tanto nos gustaba y canturreábamos juntos y ella siempre se equivocaba con la letra, “parece mentira que después de tanto escucharlo no te la sepas” le decía, la corregía y ella siempre se enfadaba. Ahora lo pongo yo solo y canto en voz alta, ya no tengo vergüenza ¿para qué?, antes lo hacía bajito, ya no me importa y en el estribillo siempre hago los coros imitando su voz, más aguda que la mía.

Hay muchas fotos en casa, en cuadros por las paredes y en muchos cajones en cajas de cartón. También tengo un marco digital (no soy tan antiguo), con fotos en bucle y al pasar por la estantería del salón, donde está, siempre me paro un rato y me regalo instantes pasados de personas y paisajes, muchos ya no existen y otros ¡han cambiado tanto! Yo también he cambiado con los años, tengo menos pelo y más arrugas, ahora llevo gafas y ropa pasada de moda, ya casi no cojo la bicicleta pero todavía salgo a andar, es casi lo único que me queda.

Recuerdo a mi padre y mi abuelo que iban al bar a echar la partida con los amigos, en mi generación eso ya no se lleva, nunca he jugado a las cartas más que cuando era pequeño o adolescente con los amigos. A veces todavía me junto con ellos y charlamos o salimos a dar un paseo pero solo por el pueblo, no por el monte como sigo haciendo yo solo muchas veces. Ya no subo a Peñalara pero de vez en cuando

me aventuro hasta su pequeño lago, no es un paseo difícil, aunque cada vez la cuesta del principio es más empinada y con más piedra suelta que me hace resbalar. Otras veces, el Cerro del Telégrafo o los caminos de Becerril son mi refugio.

En otoño, en los días de niebla, salgo rápido de casa nada más tomar el café, nunca he podido resistir el embrujo de la niebla, desaparecer en ella, parece que me llama. Ver los árboles surgir y volver a desaparecer, notar la humedad en la barba y sentir el silencio amortiguado. Me hago a la idea de que ella está allí, conmigo y que la niebla es muy espesa y por eso no la veo, me animo y me lanzo a hablar, todo lo que habitualmente me callo, esos días sale solo. Le cuento las novedades y algún cotilleo, lo que todavía me alegra y me preocupa, le hablo de los hijos, de los escasos planes que todavía hago, del viaje que nunca llegamos a hacer y siempre planeamos tantas veces, de que ya no nieva como antes... La hablo y la hablo hasta que la niebla se acaba levantando y veo que estoy solo, entonces me callo y vuelvo a casa.

Y el tiempo va pasando a mi alrededor, el pueblo crece, la gente cambia, cada vez veo menos caras conocidas, algunas van desapareciendo y se quedan en el olvido. Ya no veo las noticias de la tele y casi no pongo la radio. Me refugio en mi música antigua y mis recuerdos. Salgo poco de casa, me traen la compra, cocino, en mi piel van creciendo manchas que dice el médico que son por la edad, tampoco me preocupa mucho.

Sigo teniendo miedo de la muerte, no soy creyente y sé que no me voy a reunir en ningún sitio con ella, simplemente cerraré los ojos y mi conciencia se apagará. Las neuronas dejarán de mandar impulsos eléctricos y me apagaré como se gastan las pilas del reloj de la cocina.

Mientras tanto, miro por la ventana cuando me levanto y tomo mi café caliente observando lentamente el amanecer.